



NIEVE EN AÑO NUEVO

La capa de armiño que ha cubierto el año 1938 en su iniciación, es anuncio de seguras y definitivas victorias para nuestra causa, que es la de toda la Humanidad progresiva. "Año de nieves, año de bienes", dice el refrán popular. Y, efectivamente, así ha de ser. De bienes para el pueblo, perpetua fuente de sabias sentencias.

Y así como el proletariado español, forjador heroico de esta España admirable que se está gestando al conjuro de un hondo ideal de redención, cosechará el fruto de un bienestar común y duradero, los hijos espúreos de Iberia, aquellos que, impotentes en su traición, sirvieron de introductores a la rapacidad invasora, ¡ah!, aquellos sólo obtendrán, como justo premio a su vileza, la maldición iracunda de los miles de españoles de uno y otro lado que perdieron para siempre a seres queridos, de los innumerables ciudadanos que vieron sus hogares destruidos y mancillado el santuario familiar por la planta humillante de la morisma, alentada por ellos en sus feroces y lascivos instintos.

Y una vez derrotado el fascismo, arrancada de cuajo esa planta maldita, crecida al socaire de nuestra bondad, volverán los cronistas madrileños, al reseñar las incidencias de la epopeya, a exaltar las virtudes de un pueblo que supo luchar hasta el sacrificio, destacando como detalle simbólica la corona de nieve que el Año de la Victoria, en su primer día, supo ceñir a la frente de los heroicos defensores de la capital de la República.

Carlos TOBA

AYER Y HOY

Transcurrió la noche ingrata
de la fiesta navideña.
¡Qué bien sonaba la lata,
tan castiza y madrileña!

La gente moza bullía
(era un día extraordinario),
contagiando su alegría
a este Madrid legendario.

¡La zambomba y el pandero!
¡Qué acordes sus melodías!
¡Qué sandunga, que salero
se derrochaba esos días!

¡Y el día primero de año?
Su recuerdo el alma llena.

Ni el vinillo hacía daño.
¡Lo mismo que en Nochebuna!

Pero todo en tí ha cambiado,
Madrid de nuestros amores.
Tu alegría se ha trocado
en lágrimas y dolores.

Una ola de pasión
cambió la alegría en pena.
La lata está en un rincón;
la zambomba ya no suena...

Antes, gozando y viviendo
de aquellos días pascuales;
ahora, penando y muriendo...
¡Los tiempos no son iguales!

José ZAMBRANA

Diálogo intrascendente

—No acierto a comprender la razón por la cual, en el siglo XX, se siguen odiando los hombres. No lo juzgo propio del grado de civilización alcanzado por la Humanidad.

—Sin embargo, de ser eso muy razonable, ese odio está justificado por la desigualdad social, que engendra privilegios irritantes en favor de unos y con perjuicio de los demás.

—No niego que algo de verdad hay en eso. Pero me parece algo flojo el argumento. Esos privilegios de la desigualdad social no pueden ser atribuidos a una casta determinada: luego es injusto el odio entre pobres y ricos, porque ambas clases son necesarias para el desenvolvimiento de la Humanidad.

—No estamos conformes. ¿Por qué es necesaria esa diferencia? ¿Qué motivos pueden existir para que unos vivan en la abundancia y otros carezcan hasta de lo más elemental para su subsistencia?

—Dicho así, ninguno. Pero no negará usted que hay jerarquías espirituales y profesionales que hay que respetar si se quiere avanzar en el progreso y no volver a un primitivismo deshonesto ante las generaciones que han de sucedernos.

—Bien. Esas jerarquías subsistirán. Lo que no debe perdurar es lo injusto.

—Pero es que la existencia de esas jerarquías lleva aparejada la desigualdad económica.

—Exacto. Pero esa desigualdad sería muy limitada. No ocurriría lo que sucede ahora: que sin razón alguna existen fortunas realmente fantásticas en poder de unos pocos y con perjuicio de muchos.

—Entonces ¿a qué achaca usted esa desigualdad engendradora de odios?

—Eso debe usted preguntárselo a los economistas, a los filósofos. Y a los políticos, porque la política, considerada como madre de todas las ciencias, es tal vez la que puede dar la clave del problema, quizá por ser ella la que lo envenena todo...

J. Z.

DISCIPLINA SINDICAL

"Los de la zona templada"

Las Artes Gráficas, y de éstas muy principalmente el Arte de Imprimir con su antigüedad y ejecutoria, se han destacado siempre por su gran madurez y educación societaria. Razón de más, si tenemos en cuenta que desde hace muchos años el número de sus afiliados es crecidísimo.

Los gráficos, que han asimilado las enseñanzas de los grandes maestros Pablo Iglesias y García Quejido, han sabido organizar, imponer y sentir la disciplina sindical dentro de los talleres. Han robustecido la Organización, saturándola de autoridad. Han ido capacitándose hasta llegar a un estado de depuración casi total, que han permitido: pulcritud y estímulo en el trabajo y convivencia y respeto entre todos los compañeros.

Sin embargo, se dan casos (muy pocos, por fortuna) de camaradas a quienes esto del respeto mutuo, la convivencia, la disciplina, etc., les viene ancho. No es necesario ser muy lince para descubrirlos. Poniendo un poco de cuidado se manifiestan solos. Son los que casi siempre van atrasados en la cotización de cupones. Los que no se apuntan nunca en las listas de suscripción, y cuando lo hacen, en cantidad inferior a los demás compañeros. Los que protestan cuando, en los trágicos momentos que vivimos, hay que pagar un día de jornal para gastos de guerra. Los que están propicios siempre a desobedecer los acuerdos de la Asociación. A los que solemos escuchar también palabras como éstas: "La Sociedad no piensa más que en sacar dinero". "Pagamos más cupón que en ningún Sindicato". "Estos directivos son unos dictadores".

Pues bien; allí, donde se produzcan estas expansiones, es necesario cortarlas radicalmente y de una forma apropiada por nosotros mismos. Sin violencias. Con razonamientos contundentes, que hallaremos en el libro de la propia historia de estos compañeros. Abridle por cualquiera de sus páginas y os encontraréis con una hazaña de su vida pasada. Esto será motivo más que suficiente para reducirlos a la impotencia.

Estos camaradas camuflados me sugieren un calificativo caprichoso. Yo los dominaría así: "Los de la zona templada".

También no hay que perder de vista y darles lo suyo a los hipócritas, a los egoístas y a los que con disimulo tratan de ocultar su condición rastrera y servil.

R. RUBIO

Machacando

Continuamente se están celebrando mítines y más mítines, conferencias y más conferencias, donde abnegados camaradas, con gran acopio de razones y no menor comprensión, exponen benedictinamente a los oyentes—compuestos por los más diversos credos políticos—la conveniencia de prescindir de los incontables ismos al uso e ir directamente a la formación de un bloque de voluntades que posibilite acelerar el remate de la lucha cruenta que asuela el patrio solar y, con ello, limpiar de abrojos el camino que precisa recorrer el productor de toda riqueza para lograr su liberación como clase aherrrojada.

Y no obstante ser ésta una verdad axiomática, no lleva, sin embargo, aparejada la suerte—por grandes que sean los desvelos que se le dediquen—de hacer salir al carro del pedregal, en el que, para desgracia de todos, está empotrado hasta el cubo.

En verdad os digo que es harto peregrino lo que ocurre sobre este particular. Porque, dondequiera que nos hallemos, por heterogénea que

sea la compañía que con nosotros se encuentre, es raro que, al plantearse este problema, no tenga solución satisfactoria por parte de todos; de todos, sin exceptuar uno; y con un entusiasmo digno de mejor suerte.

Y pues ello es así, tratado este asunto no más que en el terreno individual, ¿qué razones pueden aducirse para que este deseo no haya plasmado en realidad? ¿Es por indiferencia en unos, por excesiva suspicacia en otros, o acaso por el grado de seriedad que adquiera la encuesta al revestirla de las características corporativas? Confieso sinceramente que no acierto a explicármelo. Pero lo que desde luego puede afirmarse es que esta postura no es la más adecuada ni la que mejor encaja en el momento histórico en que vivimos; pintiparado para compulsar la vitalidad del elemento sindical.

Contrasta esta nuestra conducta con la que se observa en los frentes. En los frentes no ha habido necesidad de hacer ninguna propoganda en este sentido, pues que ello se ha impuesto por sí solo, como no podía por menos de ocurrir; porque la vida que tan generosamente ofrendan unos y otros y la sangre que derraman por

el Ideal están muy por encima de las disensiones y pugilatos ideológicos y aun de las exaltaciones mesiánicas del individualismo. Allí, en las trincheras, no existe más que un solo carnet sindical, un solo credo doctrinal: la abnegación. Y es precisamente aquí, en el ara de la abnegación, en el altar laico de la abnegación, donde la retaguardia debe hacer holocausto de lo más florido de sus entusiasmos adhesivos a los vanguardistas de la Libertad, pues que lo han hipotecado todo por conquistar una vida más digna para los que por espacio de tantos siglos han vivido clamando justicia.

Por otra parte, a poco que nos detengamos a reflexionar hallaremos una razón no despreciable en abono de la teoría en que nos ocupamos. Y es ésta: ¿Cuál es la misión llamada a cumplir por los Sindicatos como tales Sindicatos? En primer lugar, trabajar incesantemente hasta procurar la unión de cuantos, por su desgracia, se ven obligados a vender de por vida su fuerza de trabajo, ya sea ésta muscular o intelectual, y dándoles forma corporativa; en segundo lugar, infundirles el soplo vital, o sea, en lenguaje marxista, el espíritu de clase.

Pues bien: estas dos condiciones esenciales entiendo que han sido sobrepasadas cumplidamente. No es admisible, pues, que haya quien pueda argüir que todavía falta atraer a los organismos sindicales a gran número de seres—entes dice, mejor, la acepción familiar—que todavía no se han sentido atraídos por las excelencias federativas, pregonadas por espacio de tanto tiempo.

Porque el que en la actualidad no entienda el lenguaje de la sindicación, o es un descocado embustero o un cuco. ¡Medrados estaríamos si aguardásemos a encarrilar a estos monolitos con ojos para hacer algo en sentido reivindicador! Estos tales aceptarían de buen grado la pérdida de la visión con tal de poder darse el gustazo de negar la magnificencia del Sol. No. En este caso concreto no debemos contar sino con los hombres que han nacido para algo más que para hacer cumplir al intestino su misión fisiológica. A mayor abundamiento, como en la colmena social futura no tendrán cabida los zánganos, serán éstos perseguidos sin tregua y condenados al exterminio.

Adviértese, pues, por las razones

que llevo apuntadas y otras que omito en gracia a la brevedad, que no quedándoles nada por hacer a las centrales sindicales en cuanto atañe a sus peculiares características, es lógico suponer que, a la mayor brevedad posible, se decidirán estos organismos a fusionar sus poderosas fuerzas a una novísima organización que, haciéndose intérprete del sentir general de cuantos integran el campo sindical, aúne amorosa y armónicamente las distintas tendencias que lo matizan, deteniéndose especialmente en cuanto al procedimiento a seguir para hacerlas viables; primer paso, en mi manera de ver, para que los hombres, olvidando el pasado de luchas, de ofensas y aun de atropellos, se inclinen a darse el abrazo fraterno que es obligado entre quienes, por su ponderación inteligente, aspiran a instaurar en el Mundo la era de la Paz, la Libertad y el Trabajo.

No lo dejemos todo para última hora, compañeros; que el más mínimo descuido en cuestiones tan trascendentes suele traer consigo consecuencias lamentables. Procuremos estrechar cada vez más los lazos de unión, llegar a conocernos más de cerca, y el resultado favorable de ello no se hará esperar.

¡Arriba el Ideal, camaradas! ¡A la formación del potente organismo único! ¡A tener un solo carnet sindical! ¡A dar cima a la ingente obra en que se asentará el pilar de nuestras reivindicaciones!

J. M. BRUNO

Cascos de metralla

Acostumbrémonos a leer la palabra "revolución" no en el sentido terrorista que a porfía pretendían inculcarnos las escuelas burguesas, sino en su verdadero sentido de justicia, de necesidad, de renovación, de libertad de los oprimidos...

La sabiduría es luz; la ignorancia oscuridad.

Por eso unos tienen automóvil para ir a casa y otros no tenemos ni linterna para podernos alumbrar por el camino.

¡Viva la revolución!

Ya no tenemos cooperativa. Tendremos comedor colectivo.

DESDE MI YUNQUE

CUERPOS DE ACERO

Fija la mirada, tensos los nervios avanzamos calle arriba, sin saber muchas veces dónde será el arribo. Caminamos despacio pero tranquilos, optimistas. No importa el fragor de la batalla ni que el cañón truene para que nosotros marchemos anhelantes de mejores y esperanzadoras nuevas... Sonreímos.

Hace frío, mucho frío... Madrid se despereza entre la neblina de este amanecer crudo, dando al día el recuerdo de una noche trágica, que unos hombres sin corazón, pero con premeditada alevosía, quisieron buscar su venganza lanzando cuerpos de acero sobre hogares tranquilos, llenos de paz y de amor.

La fiera acecha, ruge de rabia. Como aullidos salvajes pasan silbando por encima de nuestras cabezas los rugidos de la bestia. Sus dentelladas nos dejan huellas sensibles, dolorosas, marcadas en nuestros corazones con sus circunferenciales colmillos de acero.

Avisados por el timbre de alarma tenemos que abandonar nuestra obra. La alegría del taller se ensombrece y el componedor se cae de las manos; la pluma se queda inmóvil y las linotipias callan su alegre tintineo y sabio caminar que un impulsor de la civilización las supo dar. Corremos. En este momento nada hay que hacer. ¡Todos estamos de acuerdo! Parece como si nuestro destino estuviese descoyuntado y necesitáramos unirlo a golpes de cañonazos enviados por la bestia humana, que desde su cubil acecha en la penumbra de la noche.

Somos incomprensibles e incompredidos. Lo que hoy está bien, mañana va mal. No razonamos, discutimos. Y cuando queremos demostrar un hecho con atinadas razones, alguien se encarga de hacer lo contrario, aunque para ello sea necesario apelar a subterfugios grotescos.

Y yo digo: ¿Pero es que necesitamos del estampido del cañón para ponernos de acuerdo? ¿Por qué no engendramos una explosión de entusiasmo dentro de un ideal redentor, que nos aliente para empresas de elevada moral y nos aparte de los sinsabores que, como consecuencia, traen consigo las apetencias de lucro personal y las pasiones de poco sentido común?

Si esto se hiciera, sería la victoria indiscutible de la gran batalla que en todos los órdenes de la vida se está desarrollando.

LORENFER

Por la palabra de "colectivo" algo vamos ganando si hacemos honor a ella. Que no coman solo unos pocos, que comamos todos.

Anuncio gratuito.

Palacio de la Música. Todos los días "Un par de gitanos". Gran éxito.

¡La pelliza y la gorra, que ahora sí que no me equivoco! Estos dos personajes los conozco yo. Son de la casa.

Bueno; con esto de la escasez del papel me veo en Carabineros. Pero lo que no va en lágrimas va en suspiros; en cuanto me vea en el Cuerpo a mí no se me escapa la requisa del coche de los correos de "El Liberal". Por lo menos comeré.

Aviso a los navegantes.

Se abre la caja para dar anticipos. Necesitado que te encuentras, palanquetazo que te tienes.

Continúa haciéndose la revolución desde arriba. Un triunfo más, aunque le pese al Control.

La disciplina en el taller

La disciplina en el taller en estos momentos, tiene que ser de lo más unánimemente, pues de ella depende, en parte, el logro de la victoria. Todo antifascista, sea del partido que fuere, ansía el final de esta contienda, de la cual depende el paso gigante de nuestra emancipación.

Las pequeñas luchas que se suscitan en el interior de los talleres deben terminar, pues al final no benefician a ninguno y sí perjudican a todos.

En los momentos presentes todo nuestro esfuerzo debe tender a procurar por todos los medios aunar nuestro entusiasmo por la causa que tan noblemente se está defendiendo en los frentes, pues mientras en las trincheras existe una hermandad a prueba de metralla, en la retaguardia, y sobre todo en los talleres, no deben existir pequeñas rencillas. Igualmente debemos de tender a respetarnos mutuamente y situarnos con altezas de miras cada uno en su puesto, sin caer en favoritismos ni rastrerías, que nada dicen en favor de la clase trabajadora.

Jerónimo HERRANZ

Ayuntamiento de Madrid

El alcoholismo

El alcohol, la sífilis y la tuberculosis son los tres grandes males que asolan a la humanidad.

Del alcohol ha dicho un gran estadista inglés, Gladstone, que había producido más estragos que la guerra y la peste. A pesar de haber sido emitida esta opinión antes de que en la guerra intervinieran la aviación, los gases asfixiantes y demás medios de exterminio, de que los españoles tenemos triste experiencia, la frase de Gladstone sigue estando de acuerdo con la realidad.

En Francia, al principio de la gran guerra, llegó a considerarse el alcoholismo como el enemigo interior.

El alcoholismo, intoxicación producida por el alcohol, es agudo y crónico.

La intoxicación aguda, es la embriaguez, la *borrachera*.

Entre los múltiples y variados efectos que la *borrachera* produce, merecen destacar dos por las gravísimas consecuencias que acarrea.

El borracho es irritable, susceptible, quisquilloso, agresivo y en este estado puede cometer los más grandes crímenes.

Los placeres sexuales están excitados en el borracho, y lo que engendra en tal estado nace con taras patológicas graves.

Un padre que había engendrado un idiota decía a un médico de Lausanne: "fué el único día de mi vida en que me embriagué". La estadística demuestra que lo que se engendra en las épocas de las grandes libaciones (las vendimias, el primero de año, carnaval, etc.), resultan idiotas, débiles mentales, epilépticos, etc.

Los especialistas de enfermedades de la infancia han observado que la ingestión de alcohol por las madres lactantes, pueden producir trastornos de bastante gravedad en los niños.

El alcoholismo crónico es causa de lesiones gástricas, hepática, arteriales y, sobre todo, del sistema nervioso. Un tanto por ciento muy elevado de locos lo produce el alcohol.

Con lo que esquemáticamente queda expuesto, se colige fácilmente los estragos producidos por el alcohol, no solamente en el individuo, sino en la sociedad entera.

Dr. M. R.

EL CONTROL Y SUS ATRIBUCIONES

Vaya por delante la afirmación sincera de que está lejos de mi ánimo herir susceptibilidades de los compañeros que desempeñan los cargos en la actualidad ni la de los que cumplieron esa misión anteriormente. Quiero exponer con mi intervención en este asunto el reflejo de mis observaciones con respecto al mismo.

¿Qué misión puede desempeñar el Control ateniéndose a la ley instituida sin salirse de sus atribuciones? Según los enunciados de la misma no es otra que investigar los ingresos y gastos de la casa, cosa vedada hasta ahora, lo que constituye un triunfo, y señalar las deficiencias que puedan observarse en la distribución de los ingresos.

¿Hay fuerza suficiente en el Control para obligar a una empresa a acatar un mandato del mismo, aunque represente ello la defensa de unos intereses, ajenos a nosotros, en los que no tenemos nada más que una parte mínima en lo que represente el interés de nuestro trabajo?

La ley no nos autoriza a ello, porque para que tal cosa ocurra tienen que dictarse leyes complementarias que robustezcan esta conquista obtenida, que nos da fuerza para adquirir los datos precisos conducentes a rebatir los argumentos esgrimidos por los patronos constantemente, cuando se trataba de obtener un aumento de salario, de que los ingresos eran tan *parcos* que únicamente por espíritu de *humanidad* y por favorecerlos sostenían un negocio a todas luces ruinoso, cuando era todo lo contrario.

En el terreno resbaladizo de la intervención de la industria hay dos factores o modalidades que pueden confundirse por torcida interpretación de atribuciones. Uno lo que representa la inquietante apoderación para los patronos de su industria por los obreros, por dejación que ellos mismos hicieron por colocarse por su

actuación fuera de la ley. Esto tiene la denominación de incautación, con todas sus prerrogativas y derechos. Lo nuestro no cumple otro cometido que intervención y advertencia sobre lo observado, sin imposiciones lógicas posibles.

¿El Control puede intervenir en la imposición de sanciones a los compañeros que por su actuación lo merezcan?

Ni moral ni materialmente. Está recusado, con arreglo a conciencias, ser juez y parte, por entrañar esto una inmoralidad posible. El fallo que recaiga puede ser benévolo o rígido, según el grado de simpatía o antipatía que residan en el supuesto inculcado.

A mi juicio, para juzgar tales actos no debe haber otra autoridad, si se demuestra la falta, que la autoridad de la directiva de la sección a que pertenezca el compañero, con el conforme del compañero delegado de taller de la misma, que es representante legal admitido por todos, puesto que le hemos nombrado, y todos guardadores del espíritu del reglamento, cuya base principal es la honradez de procedimientos.

En resumen: Las funciones del Control, a mi juicio, se deben reducir a intervenir en el Activo y Pasivo de las Empresas o Patronos, poniendo cuanto pueda de su parte para la mejor administración de los ingresos, sin que esto signifique intromisión en terreno que hasta ahora nos es vedado, y plenamente convencidos, mientras este estado de cosas subsista, de que si hay beneficios, aunque sean muy pingües, se los llevara el capital explotador y si hay pérdidas nos llevaremos nosotros la mayor parte, como siempre ocurrió. A esto lo denomino yo sinceridad, con todas sus consecuencias de exposición a que estoy acostumbrado.

José LOPEZ GOMEZ